PRIMERA PARTE
DE LOS
PENSAMIENTOS MORALES
DE PLUTARCO:

TRADUCIDOS DEL FRANCES

AL CASTELLANO

POR

D. Enrique Ataide y Portugal.

TOMO DECIMO.



CON LICENCIA.

En Madrid, en la Oficina de Aznar.

AÑO M.DCCC.III.

Se hallará en la Librería de Castillo, *frente á las gradas de S. Felipe.*

PENSAMIENTOS MORALES DE PLUTARCO (1).

I.

El amor propio hace que cada uno es para sí el primero, y

(1) En la traduccion de los Pensamientos escogidos de Plutarco, no me he sujetado á toda la precision que hubiera guardado si hubiera emprehendido la traduccion de sus obras, ó de alguno de sus tratados. Era menester dar sus ideas, mas bien que sus expresiones; pero si me he tomado alguna libertad, ha sido con mucho cuidado.

el mayor de los aduladores. No es, pues, de maravillar, que se dé con gusto entrada á un adulador extraño, porque se le mira como un garante de la buena opinion que nos hemos formado de nosotros mismos, y su testimonio sirve para fortificar todavía mas las ilusiones de la vanidad.

II.

La Sabandija, que se alimenta de sangre, huye de los cuerpos, en los quales está helada. Quando la bolsa y la cocina están, la una vacía, y fria la otra, desaparecen los aduladores. Estos son sabandijas que se pegan á la gloria y al poder, y allí prosperan; pero marchan, y desaparecen en los rebeses de la fortuna.

III.

En las ocasiones que necesitamos de amigos, es bien doloroso conocer que eran falsos los que teniamos. Entonces no es ya tiempo de cambiar el hombre pérfido y ligero, por un amigo sólido y seguro. Lo mismo sucede con los amigos, que con la moneda; antes de usar de ellos, es preciso ensayarlos, y no esperar para hacer esta prueba, al momento crítico de emplearlos. Para impedir que el adulador nos haga mal, es preciso probarle, y aprender á conocerle: será demasiado tarde el haberle conocido á costa nuestra, por el mal que nos habrá hecho. Entonces nos sucederá lo que á aquellos

desgraciados, que no conocen el veneno sino quando ya le tienen en sus entrañas, y que confirman con su muerte el juicio que acaban de formar.

IV.

Yo no pienso como esos hombres austéros, que no admiten en la amistad sino lo que ella tiene de honesto y útil. Desde que ven á alguno que introduce la gracia en este trato, al instante piensan que es un adulador que cogen en el hecho. El amigo no debe manifestarse duro, ni triste, porque la amargura y la austeridad no hacen á la amistad respetable. La decencia y la dignidad la acompañan; pero éstas tienen algo de dulce

y de amable: las gracias y el placer habitan con ella. Dios ha mezclado la amistad con la vida, para esparcir en ella la alegría, el gusto y la dulzura.

V.

No hay que apresurarse en mirar como un adulador al que alaba. La alabanza conviene á la amistad: ella sabe emplearla en la ocasion oportuna, así como tambien sabe emplear la desaprobacion: mas bien el humor triste, y la inclinacion á vituperar, son contrarios á la amistad, y emponzoñan el trato de la vida. El amigo que vé con qué benevolencia, y sin reserva, le alaban lo bueno que ha hecho, toma despues como provechosos los

consejos de su amigo. No le cuesta trabajo el permitirle que lo reprehenda, estando cierto de que solo por necesidad le hará ciertas reconvenciones, y le alabará con gusto quando lo merezca.

VI.

Supuesto que el amigo trata, así como el adulador, de hacerse agradable, y no se muestra aváro de alabanzas, debe ser dificil el discernirlo; con tanta mas razon, como que si se trata de agradar y servir, freqüentemente la adulacion sabe exceder á la amistad. El que viene á comer de gorra, ya se anuncia él mismo como un adulador; pero del lisongero que es menester guardarse, es de aquel

que no se tiene por tal. Éste es el hombre á quien no se sorprehende al rededor de la cocina, que no mide la sombra del quadrante, para saber la hora de comer; que no se aprovecha de las ocasiones de regalarse bien; al contrario, es ordinariamente sóbrio; pero manifiesta curiosidad de saber vuestros negocios; busca medio de tomar parte en ellos, y quiere absolutamente entrar en la confianza de vuestros secretos: en una palabra, no es de aquellos hipócritas de amistad, de los quales pudieran hacerse personages de Comedia: mas bien tiene la gravedad de un personage trágico.

VII.

Él se pica de estar siempre

dispuesto, de ser infatigable y lleno de zelo. Como la conformidad de humor y de carácter, es la que produce y mantiene la amistad: como las conveniencias de los mismos gustos y de las mismas aversiones, son las que empiezan á ligar los hombres; el adulador sabe prestarse á ello como una materia flexîble, y se dá á su gusto la forma y la apariencia que necesita para parecerse á aquel que se propone imitar.

VIII.

Pero véase aquí su mas pérfida destreza: él sabe que la sinceridad es el lenguage de la amistad, y que el disimúlo tiene algo de servíl, que ella repugna: de esta observacion procura sa-

car partido, y hace como los diestros Cocineros, que mezclan en los condimentos ciertos jugos y ácidos, para destruir lo que los manjares, demasiado dulces, tienen de insípido y fastidioso. Él no tiene la verdadera sinceridad que es útil, sino una sinceridad afectada, que escuece y no pica.

IX.

Como el adulador con falsas apariencias nos engaña y se oculta, lo que tenemos que hacer es, emplear diferencias (1) para descubrirle y desnudarle. Nada tiene de estable en su carácter: no trata de llevar un género de

(1) Plutarco hace conocer en el Pensamiento XI, lo que aquí entiende por *emplear diferencias*.

vida de su eleccion , sino de acomodarse y modelarse por la de otro : él no es él : él no es un hombre solo : él tiene todas las figuras : toma todos los colores; y se reviste de todas las formas. Es como el agua corriente , que toma la forma del canál que la recibe.

X.

Esto es lo que se observa en la conducta de los grandes aduladores , es decir , de los aduladores de los pueblos , de los Oradores que los conducen engañándolos (1). El mas insidioso de

---

(1) Hay en el texto *demagogues*. Yo he explicado en una perífrasis, lo que los Griegos entendian por esta palabra. Significa Conductor del pue-

todos, fué Alcibiades, cochero diestro, y decidor de bellas frases en Atenas, donde vivia en el luxo y la elegancia: rapado hasta el cuero en Lacedemonia, vestido con una capa grosera, y bañándose en agua fria: en Tracia, entregado unicamente á los combates y al vino; y fastuoso y arrogante, cerca del Sátrapa Tisafernes. Él sabía llevar al pueblo, y á todos los que trataba, como queria; hábil en despojarse de su carácter, para revestirse del suyo. No fueron tales los verdaderos amigos de su patria, los Epaminondas y los

---

pueblo; pero ordinariamente le tomaban en mal sentido para señalar los Oradores que lo engañaban.

Agesilaos. Trataron con muchos hombres: vieron bastantes pueblos diferentes: bien diversas costumbres; pero conservaron siempre el mismo trage, el mismo régimen, el mismo lenguage, y el mismo modo de vivir. Platón fué el mismo en Siracusa; y en la Académia, el mismo con Dionisio y con Dion.

XI.

Decid al adulador mal de alguno de vuestros amigos. " ¡Oh!
„ dirá, bastante tiempo habeis
„ gastado en conocerle; por mí,
„ os confesaré que jamás me ha
„ gustado." Cambiad de lenguage, y poneos á alabar á aquel mismo que acabais de vituperar. " Es un hombre á quien quie-

„ ro, dice al punto, con nadie „ tengo tanta confianza como con „ él." Decidle que quereis mudar de modo de vivir, dexar los negocios públicos, y entregaros al descanso. " Há mucho tiempo, „ responderá, que debisteis re- „ tiraros del tumulto, y substrae- „ ros á la envidia." Dadle á entender que deseais volver á los negocios, y subir todavía á la Tribuna. " Ved ahí una cosa dig- „ na de vos, dirá; dulce cosa „ es el descanso, pero humilde, „ y no procura gloria." Entonces podreis decirle: " Mi caro „ huesped, yo os encuentro en „ poco tiempo bien diferente de „ vos mismo. Yo no necesito de „ un amigo para que mude con- „ migo de lugar, y haga todos „ los mismos signos que yo; es-

„ to es, hacer lo que haria mejor la sombra de mi cuerpo. Yo „ necesito de un amigo, para „ buscar con él la verdad, y de „ un amigo que me ayude en „ mis deliberaciones." Este es el modo de coger en el hecho al adulador.

XII.

El adulador no puede hacerse semejante al que engaña, en sus buenas qualidades; pero se encarga de imitar todos sus defectos. Hace lo que los malos pintores, que no pudiendo retratar las bellezas del original, buscan la semejanza en las arrugas, las verrugas y las cicatrices. Lo que él imitará en el hombre de quien quiere apoderarse, será la destemplanza, la supersticion, el

arrebatamiento, la dureza con sus domésticos, y la desconfianza con sus parientes y sus amigos. No sabe sino seguir su natural inclinacion, que le lleva á todo lo que tiene de peor; y por otra parte, imitando los defectos de los otros, les hace ver que está muy lejos de echarselos en cara.

XIII.

Si sucede alguna cosa desagradable al sugeto que adula, no quiere hallarse exênto de penas semejantes; y será preciso que experimente hasta las mismas indisposiciones y enfermedades. Si tiene que hacer con alguno corto de vista, él mismo dirá que sus ojos son peores; y se guardará muy bien de oír

distintamente lo que se habla, si su hombre tiene duro el oído. Vos le veréis hasta experimentar y publicar los accidentes que se ocultan. Si aquel á quien adula es desgraciado con su muger, con sus hijos y su familia, no se quedará atrás él mismo: se quejará de sus padres, de sus hijos y de su muger: se picará de publicar contra ellos cosas que se acostumbran sepultar en el mayor secreto. He conocido á uno de estos, que repudió á su muger porque su amigo habia repudiado la suya. Él fué sorprehendido visitándola secretamente, y dandola audiencias clandestinas. La esposa del amigo fué la que lo descubrió.

XIV.

El adulador no olvida en las semejanzas que afecta con su amigo, que no debe representar sino los segundos papeles: tiene buen cuidado, quando se trata de calidades loables, de quedarse inferior, y de dexarle siempre la superioridad; pero en las reprehensibles, toma el primer papel. Véase, pues, en las conformidades del gusto y del carácter, la diferencia de un adulador y de un amigo.

XV.

El adulador cree que debe hacerlo todo para ser agradable: el verdadero amigo hace siempre lo que es preciso. A veces

es agradable, y otras veces es enojoso: él no elige este personage; pero no lo excusa quando cree que el bien de su amigo lo exîge.

XVI.

Que un adulador cambie en hermosura la fealdad, y que á su hombre le preste una talla magestuosa, quando es pequeño; es una lisonja que no engaña mucho tiempo, ni hace por otra parte mucho mal; pero la alabanza que acostumbra á entregarse sin trabajo al vicio, y sumergirse tambien en él con gusto, y que destruye la vergüenza en las faltas que se cometen, esta alabanza sí que es funesta. Ella causó la desgracia de la Sicilia, dando á la crueldad de Dioni-

sio y de Falaris el nombre de justicia, y de aborrecimiento á los malos. La mayor parte de los Reyes, son Apolos, si cantan: Bacos, si se embriagan; y Hércules, si van al combate: arrastrados de la adulacion, se sumergen en toda especie de oprobrios.

XVII.

No se contentan con emplear palabras para adular á los Reyes. Mitridátes se creía buen Médico, y gustaba de hacer operaciones: los cortesanos, para hacerle ver la confianza que tenian en su destreza, se dexaban sajar y quemar de sus manos reales.

XVIII.

Alguna vez el verdadero amigo encuentra á su amigo sin hablarle, y sin que éste le diga nada; se contenta con mirarle y sonreirse. Su mirada manifiesta lo que hay en su corazon, y en la de su amigo encuentra un testimonio semejante: él pasa, pero el adulador corre apresuradamente: saluda desde lejos: pide mil perdones de no haber hablado primero: hace mil juramentos; y pone testigos para probar que en esto ha habido falta de su parte.

XIX.

El amigo dexa escapar mu-

chas pequeñas cosas en sus acciones, y no se pica en sus servicios de una puntúalidad escrupulosa: no tiene una curiosidad inquieta: no afecta el ofrecerse á toda suerte de funciones; pero el adulador es siempre constante, y siempre activo: no quiere ceder á nadie su lugar: él debe ser quien haga todos los servicios, y quien espera las órdenes que se le den; y si no las recibe, se desespera.

XX.

Vencidos los Lacedemonios por Antípater, se sometieron á todo lo que quisiera imponerles de mas duro, siempre que no fuera cosa vergónzosa. Del mismo modo si se presenta la oca-

sion de hacer un servicio dispendioso, dificil, arriesgado, el amigo está pronto á encargarse de él: quiere ser el primer llamado, y sin pretestar disculpa alguna, no sabe sino manifestar el mayor zelo; pero si se trata de alguna cosa vergonzosa, pide le exôneren de ella. El adulador hace todo lo contrario. Si la cosa exîge fatiga ó peligro, se excusa; pero pidanselе servicios baxos, humildes y vergonzosos, al punto está pronto. No debe temerse el abusar de él, porque en la mano está el pisarle, supuesto que nada le parece duro, ni ofensivo.

XXI.

Nada hay mas agradable pa-

ra un amigo, que el ver á un gran número de personas tomar parte en sus sentimientos: amar al que le ama, y que tengan parte en sus retornos amistosos: no busca, ni trabaja en otra cosa sino en multiplicar el número de las personas que estiman á su amigo, y que lo adoran: piensa que los bienes son comunes entre los amigos, y que de todos estos bienes, no hay ninguno que deba ser mas comun, que los amigos mismos. Pero el falso amigo, no pudiendo dexar de conocer que insulta á la amistad, es naturalmente envidioso, y sus sentimientos zelosos se vuelven contra sus semejantes, y busca el modo de excederles en baxas bufonadas. Pero los verdaderos amigos son aquellos á quienes se empeña mas

en repeler. No los dexa que se arrimen; ó si no puede tenerlos apartados, los agobia de caricias pérfidas; los lisongea, les prodiga falsas admiraciones, y rinde homenages engañosos á su superioridad; pero, por debaxo de cuerda, siembra contra ellos calumnias; porque sabe muy bien, que si la herida se cierra, queda siempre, á lo menos, la cicatriz.

XXII.

Decia Alexandro, que lo que sobre todo le impedia creer á aquellos que le miraban como á un Dios, era la necesidad de dormir, y la de satisfacer al amor. Echemos nuestras miradas sobre nuestros defectos, nuestros vicios, nuestras imperfecciones

y nuestras menguas; y reconocerémos que el amigo que necesitamos, no es por cierto el que nos alaba, sino aquel que nos habla claramente, que nos hace sus reconvenciones, y que nos dá sus reprimendas.

XXIII.

Hay pocos hombres que se atrevan á ser sincéros con sus amigos, en vez de buscar el modo de serles agradables. En este pequeño número, es bien dificil hallar los que saben decir la verdad como se debe, y que en la intencion de ser sincéros, no se tomen la libertad de insultarnos y ultrajarnos. Lo mismo sucede con la sinceridad, que con los otros remedios: empleada fuera

de propósito, aflige y turba sin producir bien alguno; pero siempre produce en algun modo con dolor, lo que la lisonja con placer.

XXIV.

La reconvencion fuera de tiempo, no es menos dañosa que la alabanza no merecida: ella arroja al que la recibe, á los brazos del adulador. Es menester templar la sinceridad con la dulzura: es menester que las expresiones de que se sirve, modifiquen su luz, la qual, con su resplandor, causaría un doloroso deslumbramiento, y obligarían á buscar la sombra de la adulacion.

XXV.

Para substraerse al vicio, es preciso reemplazarle con una virtud, y no con un vicio contrario: no imitemos á aquellos que se corrigen de la timidéz, con la desvergüenza: de la rusticidad, con la bufonada: de la vergüenza, con la insolencia; y de la blandura, con la ferocidad. Vemos gentes que se creen bien corregidas, quando de supersticiosas, se hacen ateístas: quando de simples, se vuelven artificiosos; así como esos obreros, poco diestros, que para enderezar un palo, lo encorban del otro lado.

XXVI.

Muchos no quieren, ó no se atreven, á volver á tomar sus amigos, mientras se hallan en prosperidad: tienen por máxîma, que la felicidad es inaccesible á los buenos consejos; pero quando sus amigos caen en la adversidad, los atacan sin miramiento: quando los ven humillados y sin defensa, entonces los pisan; pero quando mas necesitamos de amigos sincéros, es quando nos hallamos enmedio de los favores de la fortuna. Pocos hombres conservan la presencia de espíritu en la prosperidad: la mayor parte necesitan de la razon agena, porque ya no la tienen en sí mismos. Es menester

pisarlos en algun modo con buenos razonamientos, para que salga el viento del orgullo que los tiene hinchados. Mas quando la fortuna ha trastornado y destruido sus casas, ¿no es esta una reprimenda bastante fuerte, que aquella les ha dado, y no es muy suficiente para inspirarles arrepentimiento? Entonces no hay necesidad de que la amistad les haga entender verdades amargas, palabras tristes y picantes: entonces es cosa muy dulce para èllos el volver á encontrar los miramientos de un mortal bienhechor que los consuela y aníma.

XXVII.

Aquellos que no sientan los principios con respecto á las co-

sas, sino que fuerzan las cosas á prestarse á sus hipótesis, aunque, por su naturaleza, repugnen aquellas el prestarse á éstas, embarazan, sin embargo, la filosofía con dificultades insuperables. Esto es lo que hacen los Estoicos quando pretenden que, excepto el hombre perfecto, todos los demás son igualmente viciosos y malos. Tambien todo lo que dicen sobre los progresos del hombre en la virtud, debe mirarse como un enigma, ó mas bien como el colmo de lo absurdo. ¿Qué puede hallarse mas absurdo, en efecto, que colocar, como ellos lo hacen, en el mismo grado de maldad á los que se han despojado de una vez de todos sus defectos y de todas sus debilidades, y á los que toda-

vía conservan todos sus vicios?

XXVIII.

Si añadís una pequeña cantidad á otra pequeña cantidad, dice Hesiodo, y repetís amenudo esta operacion, llegaréis á hacer un montón. Ésta es constante, no solo en las riquezas y otras cosas materiales, sino igualmente en los progresos de la virtud.

XXIX.

El Oráculo ordenó á los habitadores de Cirra el combatir noche y dia. Del mismo modo, si podeis daros testimonio de los combates que noche y dia librais á los vicios; si no abandonais sino rara vez vuestro lugar; si

rehusais constantemente el prestar oidos á los deleytes, que son como los Reyes de Armas de los enemigos con quienes teneis que combatir, y que quisieran excitaros á hacer treguas con ellos; podeis continuar con valor y confianza vuestra generosa empresa. Quando os sucediera el interrumpir alguna cosa vuestros trabajos filosóficos, si vuestros últimos esfuerzos han sido mas enérgicos, y mas largos que los primeros, es una dichosa prueba, de que con el exercicio y el trabajo habeis llegado á domar vuestra natural indolencia. Pero, por lo contrario, es una mala señal quando, despues de algunos esfuerzos de poca duracion, se reposa mucho, y se dexa enfriar al primer ardor.

XXX.

Lisonjearse de ver una bella persona, es una sensacion que todo el mundo experimenta, y no un testimonio de un amor naciente. Ló que anuncia un principio de amor, es la impaciencia y el dolor que causa la ausencia del objeto amado. Así se ven muchas gentes que encuentran gusto en el estúdio de la sabiduría; y podria decirse tambien, que se entregan á él con mucho zelo; pero si se apartan de él por otros objetos, y la obligacion de acudir á otros negocios los interrumpe, la pasion que habian mostrado se desvanece, y no se resienten de haber abandonado esta virtud, que

parecia haberlos encantado. No sucede así con los que la aman fuertemente. Si fuerais testigo de sus trabajos filosóficos, los veriais freqüentemente, en tanto que son dueños de seguirlos, no entregarse á ellos sino con mucha moderacion, y de un modo muy sosegado; pero si algun obstáculo llega á interrumpirlos, entonces es quando se manifiesta el fuego que los anima: los veis indignados contra todo aquello que los aparta de su querido estúdio: olvidan á sus amigos: parece que caen en el estupór; y no tienen otro sentimiento, que el deséo que les arrastra hácia su pasion dominante y predilecta.

XXXI.

La prueba mas segura de que se han hecho progresos en la virtud, es quando ya no se halla el camino escabroso y escarpado, sino que se hace dulce y facil, como si con el exercicio se hubiera llegado á allanarle.

XXXII.

Se entra en la carrera de la filosofía, y algunas veces nos dexamos arrastrar bien lejos de ella por nuestra propia debilidad. En ocasiones no pueden resistirse los consejos de los amigos: nos dexamos mover de la chocarrería; intimidar de las burlas; no tenemos fuerza para resistirlas, y

nos rendimos; y para siempre abandonamos la generosa empresa que habiamos formado. Para saber si se han hecho verdaderos progresos en la filosofía, si se persistirá constantemente en seguirla, es menester oir decir sin alterarse: " Ved ahí gentes
» de todas edades, que están en
» favor de la Corte de los Re-
» yes: ved allí otros que han
» llegado á hacer fortuna por
» casamientos ricos: Ved estos,
» á quienes el tropél rodea y
» favorece sobre el empléo que
» solicitan de Magistrados, y
» que van á subir á la Tribu-
» na." Quando se ha podido quedar insensible á estos diversos objetos de la ambicion, es cierto que se ha llegado á ser verdadero filósofo. En efecto, para

dexar de ambicionar lo que admira el gran número, es menester haber, desde luego, llegado á ser un sólido admirador de la virtud.

XXXIII.

Los unos por mal humor, y los otros por una especie de demencia, se complacen en despreciar los hombres; pero solo con una verdadera y sólida sabiduría, se llega á despreciar lo que ellos admiran. En comparando entonces los bienes inalterables que se han procurado, con los que se desdeñan, se tiene una cierta vanidad de sí mismo, y se dice con Solón: " Yo no cambiaré mis
» virtudes por sus riquezas: la
» virtud es un bien sólido; las ri-

„ quezas de los hombres escapan,
„ y se complacen con mudar de
„ dueño."

XXXIV.

Lo que se conoce y gusta en las flores, es la variedad de sus colores, y el suave olor que exhalan. Solo las Abejas saben extraer de ellas la miel mas dulce. Así se toma por juego la lectura de los poétas, no buscando en sus escritos sino el placer: aquel que sabe hallar y recoger en ellos útiles preceptos y miras sublimes, ha contraido por el hábito y amor á lo bello la facultad de conocerlo y hacerselo propio. No leer sabios escritos sino para admirar su estílo, no es mas que aplicarse al olor y al color de las plantas saludables,

y descuidar y desconocer sus virtudes.

XXXV.

El amor no quiere testigos: él corona en secreto sus votos, y recoge las dulzuras que le prodiga el objeto amado. El que ama la sabiduría, se contenta con el testimonio que él mismo se dá de que su conducta sigue las leyes de la virtud. Él puede muy bien concebir una justa vanidad; pero no se entrega á ella sino en silencio ; y no necesita, ni de testigos, ni de panegiristas.

XXXVI.

El Labrador gusta de ver las espigas inclinarse y bambolearse hácia la tierra : aquellos que por

ligereza llevan la cabeza levantada, juzga que están vacíos, y que solo tienen un orgullo esteril. Lo mismo sucede con los jóvenes que se entregan á la filosofía: estos anuncian tanta mas vanidad en su porte y en su conducta: afectan tanto mas despreciar á todo el mundo, y no tener miramientos con nadie, quanto se hallan mas vacíos en efecto; pero quando llegan á recoger los frutos de la sabiduría, y á llenarse de ellos, entonces se despojan de su insolencia y de su vanidad.

XXXVII.

El ayre se escapa de un vaso que se llena: el hombre que se llena de verdades útiles, se desembaraza del orgullo.

XXXVIII.

El sabio no es agrio ni mordáz sino contra él mismo, y es dulce para los otros.

XXXIX.

El tropél que va á iniciarse en los misterios, marcha, y se adelanta con gran ruido: estas son gentes que gritan los unos contra los otros, y que se empujan reciprocamente; pero en el momento que reciben la iniciacion, ó se descubren á sus ojos los sagrados misterios, observan el silencio mas religioso, y son tocados de respeto y de temor. Lo mismo sucede en las puertas de la filosofía: todo es

ruido, loquacidad y audacia: se empujan violentamente, y alguna vez con grosería, para llegar á la gloria; pero en lo interior del templo, quando el santuario se abre, quando la luz de la sabiduría se comunica en toda su claridad, ya es otra la circunspeccion, se observa silencio; parece que se hallan embargados de un santo horror; y con recogimiento y humildad, siguen la razon como una divinidad que impone respeto.

XL.

El enfermo llama al Médico; el frenético lo desecha, porque su mal es demasiado grande para que él pueda conocerlo. Todos los hombres cometen faltas,

pero es menester mirar como incorregible al que se ofende de los consejos y reprehensiones. Ofrecerse uno mismo á las reprimendas que ha merecido, hablar de sus afectos condenables, descubrir sus viciosas inclinaciones, no tener gusto en ocultar lo que se tiene reprehensible, no tener cierta complacencia en disfrazar sus males, hacer por sí mismo una confesion de ellos, pedir que quieran sondarlos, é indicarnos su remedio, es dar pruebas de que ya se han hecho progresos en el bien.

XLI.

El que quiere salvarse, dice Diógenes, debe buscar un amigo seguro, ó un cruel enemigo.

XLII.

Pirrón, acometido en el mar de una peligrosa tempestad, vió á un Cerdo que comia granos de cebada esparcidos sobre el Combés. "Aquel, dixo á sus compa-
» ñeros, que no quiere que los
» acaecimientos turben su alma,
» debe procurarse, con el racio-
» cinio y la filosofía, una insen-
» sibilidad semejante á la de este
» animal."

XLIII.

Es poco el juzgar bien: es menester que nuestros juicios influyan en nuestra conducta. Es poco el razonar bien; es menester que nuestros razonamientos produzcan las acciones: de este

modo se adelanta en el camino de la virtud. ¿Quieres conocer si te hallas en este camino? Exâmina si tratas de imitar lo que elogias; si aplicas todos tus esfuerzos para hacer lo que admiras, y si tambien rehusas que tu pensamiento se detenga en lo que vituperas. No habia, sin duda, Ateniense que no admiráse el valor y la virtud de Miltiades; pero Temístocles, diciendo que el troféo de Miltiades le quitaba el sueño, manifestaba muy bien que no se ceñia á admirar la gloria del hombre grande, sino que estaba pronto á imitar su valor.

XLIV.

Quando empecemos á amar á los hombres virtuosos hasta el

punto, no solamente de creerlos dichosos á ellos mismos, sino dichosos tambien los que escuchan las palabras que salen de su boca; quando lleguemos á amar hasta su porte, su modo de obrar, sus miradas y sonrisas; quando nos esforcemos para estar en harmonía con ellos, é introducirnos en algun modo en su exîstencia, entonces reconocemos que hemos hecho progresos en la virtud. Podremos, sobre todo, estar ciertos de estos progresos, si, no contentos con amar á los hombres virtuosos en su gloria, en su prosperidad, hacemos lo que aquellos amantes, que en el objeto amado adoran, ó el tartamudéo, ó la palidéz que lo descompone; si no tememos, ni el destierro de Arístides, ni la prision

de Anaxâgoras, ni la pobreza de Sócrates, ni la muerte de Foción; si miramos la virtud como digna de nuestro amor, con las desgracias que la acompañan; y si decimos con Eurípides: "¡Ah! » ¡qué bellas son todas las situa- » ciones para los hombres virtuo- » sos!"

XLV.

César hizo levantar las estatuas de Pompeyo echadas por el suelo. "En restableciendo las » estatuas de tu ribal, le dice » Cicerón, tú aseguras las tu- » yas." No han de escasearse al enemigo, ni las alabanzas, ni los honores que justamente haya merecido. Tales elogios honran mas al que los dá, que á quien los recibe. De este modo se hace

uno escuchar con mas confianza en las reconvenciones que se hacen al enemigo ; se prueba que no son dictadas por el aborrecimiento , sino que se tienen razones justas para hacer reclamaciones contra los procederes de que nos quejamos.

XLVI.

Entre bastantes causas que pueden impedirnos el tener un amigo , una de las principales es, el buscar un gran número de ellos. Esto es parecerse á aquellas cortesanas que se entregan á todo el mundo , y no conquistan á nadie.

XLVII.

¿Qué resulta de ese gusto de hacer alianzas nuevas, de esa facilidad en satisfacerse de los primeros sentimientos, y de atragantarse siempre con los últimos amigos? Que se abandonan bastantes alianzas comenzadas, y que por una amistad naciente nos privamos de todos los amigos, con los quales habriamos podido contar.

XLVIII.

¿Quál es la moneda que sirve para adquirir amigos? La beneficencia y el afecto, unidos á la virtud. No hay moneda mas rara. Como no se posee jamás con abundancia esta especie de

riquezas, no es mas facil tampoco adquirir muchos amigos, que lo sería el comprar muchos esclavos con poco dinero. Amar tiernamente á un gran número de personas, y ser tiernamente amado de ellas, es imposible. Los rios quedan pobres quando se dividen en muchos brazos; la amistad se debilita, y se agota en repartiendose entre muchos objetos. ¿No se sabe que entre los animales, las especies mas afectas á sus hijuelos, son aquellas que no traen sino uno á la vez?

XLIX.

Vemos al rededor de los ricos y de los hombres de dignidad, una tropa de gente que se apresura á hacerles la corte, y

á obtener su buen acogimiento, formarles un cortejo, y los felicitan porque tienen tan gran número de amigos; pero todavía se ven mas moscas en sus cocinas. Que quiten á éstas el cebo que las llama, y á aquellos la esperanza de los beneficios que aguardan, y verán quan presto se disipan las unas y los otros.

L.

Tres cosas se buscan en la verdadera amistad: la virtud, que constituye su hermosura: el hábito, que produce su dulzura; y el uso, que se hace de ella, y forma su utilidad. El juicio la liga, el trato la hace agradable, y la ocasion la vuelve útil. Todo esto se opone á su multipli-

cacion, y lo que se opone mas que todo, es el juicio. Si se necesita mucho tiempo para exâminar las personas que deben entrar en un coro; los remeros que pueden bogar en un barco; los criados que merecen encargarse de la administracion de las propiedades; los maestros á quienes podrá confiarse la educacion de los hijos; ¿cómo podremos elegir en poco tiempo muchos amigos que partan con nosotros todas las vicisitudes de la suerte: que nos hagan mas dulce el goce de la prosperidad; y que no desdeñen el soportar con nosotros la desgracia?

LI.

Si, como aquellas piezas de mala composicion que se conocen

en la prueba, llegamos á conocer los falsos amigos, que por sí mismos se han arrojado sobre nuestra cabeza; nos damos por muy satisfechos de perderlos, y quando se nos quedan, hacemos votos para quedar desembarazados de ellos; pero sin mucho trabajo, no llegamos á desatarnos de alianzas odiosas.

LII.

Las zarzas y los cardos nos agarran: nosotros los apartamos, los pisamos con desprecio; pero buscamos con diligencia las viñas y los olivares: del mismo modo es menester no aliarnos siempre con todos aquellos que se nos unen con demasiada facilidad; pero es preciso unirnos estrechamen-

te á hombres experimentados, que merecen nuestra ternura, y cuyo afecto y adiccion no pueden dexar de sernos útiles.

LIII.

Echaban en cara á Zeuxis que era lento en pintar. " Confieso, » respondió, que soy muy lar» go en pintar; pero tambien mis » quadros durarán largo tiempo." Es menester emplear mucho tiempo en formar juicio de aquellos con quienes nos aliamos, para no contraer sino amistades de larga duracion.

LIV.

No es facil encontrar con un demasiado número de amigos, las ventajas que debiera procurar la

amistad. Si sucede que todos tengan á la vez necesidad de los mismos servicios, ¿cómo ha de hacerse para ayudarlos á todos juntos en la administracion de los negocios públicos, ó en la especulacion de los empleos, ó quando hay que llenar los deberes de la hospitalidad? Peor será todavía, si al mismo tiempo, varios de nuestros amigos, que tengan negocios diferentes, y diferentes inclinaciones, reclaman á la vez nuestros buenos oficios. El uno nos suplicará le acompañemos en un viage de mar: el otro, que le ayudemos en un proceso: otro, que le acompañemos á hacer una venta ó una compra: otro, que participemos de un sacrificio que va á celebrar por su casamiento; y otro, que lloremos con él en

una ceremonia fúnebre. Es imposible contentarlos á todos: es indigno de la amistad el no satisfacer á ninguno; y desagradable, el dexar descontento el mayor número, por contentar á uno solo. No hay nadie que guste de verse descuidado de aquel á quien se mira como amigo. Puede ser que soporte de su parte con indulgencia un defecto de cuidado y de atencion: recibirá, puede ser, las escusas de su amigo, que se defenderá con un defecto de memoria; pero, qué pensará de un amigo que le diga, para disculpar su negligencia: "No os
" he ayudado en vuestro proce-
" so, porque otro amigo mio te-
" nia en el suyo necesidad de
" mis consejos: no os he visita-
" do quando teniais calentura,

„ porque estaba divirtiéndome „ con un amigo que daba una „ comida." Quando no se pueden disculpar los defectos de cuidado hácia un amigo, sino con el cuidado que se ha tenido con otro, no se destruyen las reconvenciones, y no se hace mas sino inspirar zelos.

L V.

Muchas gentes consideran solamente las ventajas que los amigos pueden procurarles; no piensan que si reciben buenos oficios de algunas personas, están en la obligacion de retornarselos. Si Briarex, con cien manos, hubiera tenido cien estómagos que llenar, no habria sacado mas utilidad de sus cien manos, que no-

sotros, que solo tenemos dos para satisfacer á un solo estómago. Del mismo modo, si nosotros recibimos los socorros de un gran número de amigos, estos son otras tantas personas, con las quales tenemos que partir los trabajos, los placeres y las penas.

LVI.

No se debe escuchar á Eurípides quando dice: "Los mortales no debian contraer sino moderadas amistades, y no dexarse ganar hasta las entrañas: Sería conveniente que no tuviesen sino alianzas fáciles de disolver, y que estuviera en su mano el afloxarlas ó apretarlas á su gusto." Es decir, que haría en esto como con el timón

de un navio, que se vuelve como se quiere al lado que es necesario. Tus ideas serian buenas, mi caro Eurípides, transportadas al aborrecimiento. Estos son los que deben moderarse, los que no deben penetrar hasta las entrañas. La enemistad, la cólera, las querellas y las sospechas, son las que sería muy bueno el poder destruir á su gusto.

LVII.

Un hombre se lisonjeaba de no tener ningun enemigo: "Tú
» tienes muy bien el ayre, le
» dixo Chilón, de no tener nin-
» gun amigo." Los aborrecimientos no tardan en acompañar la amistad, y á ella se pegan. Es imposible no partir las ofensas,

los resentimientos, y las injurias que experimenta un amigo: los enemigos de un hombre no dexan de mirar como sospechosos á sus amigos, y son el objeto de su aborrecimiento. Sucede todavía que sus amigos tienen envidia de aquellos á quienes ama, y se entregan recíprocamente á todo lo que puede inspirar zelos. Timesias queria establecer una colonia, y consultó el Oráculo: Véase aquí la respuesta que le dió: "El enxambre de Abis-
» pas sigue de cerca al enxambre
» de Abejas." Los que buscan un enxambre de amigos, no saben que hallarán un enxambre de enemigos; y que la rabia del aborrecimiento, es mucho mas activa que la benevolencia de la amistad.

LVIII.

Lo que se opone sobre todo á que pueda tenerse un gran número de amigos es, que la amistad nace de las relaciones que se hallan entre los que la contraen. ¿Cómo podría nacer ésta entre personas de costumbres diferentes, de carácteres opuestos, y que en nada se pareciesen en quanto al modo de vivir? Ella supone conformidad de pensamientos, de opiniones, de afectos y de voluntad, como si fuera una sola alma repartida entre muchos cuerpos.

LIX.

Parece que los vestidos ca-

lientan; sin embargo, ellos no son calientes, y no esparcen calor: mas bien son frios por sí mismos; y quando se tiene calor, ó quando se está con calentura, se cambian para refrescarse. Los vestidos no hacen mas que envolver el cuerpo; ellos mantienen el calor que el hombre exhala de sí mismo, y le impiden que se escape. De este mismo modo, la mayor parte de los hombres se dexa engañar de las cosas. Creen que no podrian dexar de vivir agradablemente, si se alojáran en grandes Palacios; si en ellos tuvieran muchas riquezas, y una tropa de esclavos. Pero no es fuera de nosotros donde se halla lo que hace vivir felíz y gustosamente; es de nuestro propio carácter (como fuente fecunda)

de donde el hombre derrama sobre todo lo que le rodea, la alegría y el placer.

L X.

Quando el alma está satisfecha, ofrece la riqueza gozos mas dulces; la gloria tiene mas brillo, y el poder mas atractivos. Con un carácter dulce y facil, se hace tambien mas ligero el peso de la desgracia, del destierro y de la vejéz. Sucede lo que con los perfumes, que comunican su agradable olor á las estofas mas groseras, y á los mas miserables andrajos. No hay estado en la vida en el qual no mezcle la virtud algun placer. Pero el fausto, la magnificencia y la grandeza, parecen tristes, fasti-

diosos, é insoportables con la maldad.

LXI.

Junta dinero, acumula montones de oro, haz plantar vástos paseos, que una tropa de esclavos inunde tus salones, y ten fondos colocados sobre todos tus conciudadanos: si tú no domas las pasiones de tu alma, si no pones un freno á tu codicia, y si no te desembarazas de tus temores é inquietudes, es lo mismo que dar vino á un calenturiento, nutrir con miel á un bilioso, y dar alimentos sólidos á un desgraciado, á quien el cólico atormenta.

LXII.

¿No ves cómo los enfermos

están disgustados, y sin apetito, para los alimentos mas exquisitos, que los rehusan, y los arrojan si se les quiere obligar á tomarlos? Pero quando sus humores han recobrado el equilibrio, quando su sangre se ha dulcificado, y quando han vuelto á cobrar su calor natural, comen con gusto el pan mas grosero con queso ó requesones. La razon pone á nuestra alma en este dichoso estado de salud. Aprende lo que es honesto y bello, y estarás contento de tí mismo. En el seno de la pobreza vivirás con un fausto real, y no amarás menos tu vida obscura, que la de los Generales y Magistrados. Estudia la sabiduría, y tu vida estará sembrada de placeres. Tú amarás la riqueza, porque te prestará la

facilidad de hacer mucho bien: la pobreza, porque te desembarazará de inquietudes: la gloria, porque te procurará respetos; y la obscuridad, porque te pondrá á cubierto de los tiros de la envidia.

LXIII.

No pueden preveerse los golpes de la fortuna. Lo que por mucho tiempo, y con gran trabajo ha podido juntarse, ella lo arrebata en un instante. Ella destruye la prosperidad, que parecia estar mejor establecida, y no tiene época señalada para usar de sus caprichos.

LXIV.

Pausanias, Rey de Lacedemonia, se lisongeaba, sin cesar, de

sus hazañas. Un dia suplicó, burlandose, al poéta Simónides, le dirigiese alguna sábia máxîma. El poéta conoció todo el orgullo del Lacedemonio, y se contentó con decirle: "Acuérdate de que „ eres hombre."

L X V.

Vinieron á anunciar á Filipo, Rey de Macedonia, tres sucesos felices, que á la vez le habian ocurrido: él habia llevado en los juegos olímpicos el premio de la carrera de los carros: Parmenión, el General de sus Exércitos, habia vencido á los Dardanienos; y su muger Olimpia acababa de dar á luz un infante. Levantó las manos al Cielo: "¡Ó Dios! di- „ xo, enviame alguna desgracia

» tolerable, para compensar tan-
» tas prosperidades."

LXVI.

Terameno, uno de los treinta tiranos de Atenas, se salvó solo de una casa, en donde estaba comiendo con un gran número de convidados, la qual los estrelló á todos. "¡Ó fortuna! tú me » guardas para alguna otra oca-
» sion." Y en efecto, dixo bien, porque poco tiempo despues murió en los tormentos, condenado por sus Colégas.

LXVII.

¿Qué tiene la muerte tan dificil? ¿qué tiene de aflictiva? Nada nos toca tan de cerca como

la muerte, y nada debia sernos tan familiar como ella. ¿Por qué nos parece tan terrible? ¿Qué hay de admirar en que lo que debe cortarse, se corte; que lo que debe disolverse, se disuelva; que lo que puede ser consumido, se consuma; y que lo que es destructible, se destruya? ¿Hay acaso un instante de la vida en que la muerte no esté con nosotros mismos? y como dice Heráclito: "El que vive ó está muerto, „que duerme ó está despierto, „que es jóven ó viejo, es siem- „pre el mismo ser, y no hace „otra cosa sino experimentar di- „ferentes variaciones." Con la misma cera pueden hacerse figuras de animales, deshacerlas, volverlas á hacer, y volver á empezar. De este modo la natura-

leza, con la misma materia hizo en otro tiempo á nuestros mayores, luego á nuestros padres, y despues á nosotros; y ella formará todavía otras generaciones, á las quales seguirán otras. El rio de la generacion corre sin cesar, y jamás parará: lo mismo sucede con el rio de la destruccion, que puede llamarse Acherón ó Cocito, como le han nombrado los poétas.

LXVIII.

Sócrates decia que la muerte era un profundo sueño, ó la destruccion del cuerpo y el alma, y que de qualquier modo no era un mal. ¿Es un sueño? pues no siendo una desgracia el dormir, tampoco lo es el estar

muerto; y se sabe además, que el sueño mas profundo, es el mas dulce. ¿Es un viage? todavía es mas bien un bien, que un mal; porque es felicidad el verse desembarazado de la esclavitud de la carne, y de las pasiones que nos agitan, y turban y embarazan nuestra inteligencia con cosas vanas. ¿Es la disolucion y la destruccion total del cuerpo y del alma? pues aun no es un mal, porque ella es entonces la entera ausencia del sentimiento; y por consiguiente la libertad de toda pena y de todo dolor, sin poder experimentar ya, ni bien, ni mal; porque el bien no puede unirse sino á lo que exîste, á una substancia; y lo mismo sucede al mal. Ni el uno, ni el otro hacen presa de lo que no es,

y fué ya cortado y separado de la clase de los seres.

LXIX.

Se cuenta un dicho ingenioso de Arcesilas : " La muerte se lla-
" ma un mal, decia, y es di-
" ferente de todas las otras cosas
" que llaman males. Ella no ha
" hecho nunca mal á nadie es-
" tando presente ; y quando es-
" tá ausente, es quando hace da-
" ño á los que la esperan."

LXX.

Un efecto de las calumnias que levantan á la muerte es, que, por cobardia, mueren gentes por no morir.

LXXI.

Hay muchos que convienen en que no debemos afligirnos por toda clase de muertes: las muertes prematuras son las que ellos hallan lastimosas. Éstas no permiten á aquellos que son sus víctimas, aprovecharse de todo aquello que se mira como bienes de la vida; como el matrimonio, la instruccion, los progresos hácia la perfeccion, los honores, los grandes empléos y el brillo de las magistraturas superiores. Sin embargo, si la muerte prematura aflige, no hay ninguna que deba sentirse tanto como la de los niños, y ésta es precisamente la que menos nos aflige. La que cuesta mucha pena y trabajo para soportarse, es la de los

jóvenes yá formados, porque se fundaban en ellos grandes esperanzas; pero si la mas larga duracion de la vida humana no se extendiera sino á veinte años, no juzgariamos prematura la de aquel que acabáse su carrera á los quince, y diriamos que ya habia llegado á su término: mas sobre todo, no creeriamos jamás el poder felicitar bastantemente al que llegáse á los veinte, ó se acercáse á esa grande edad: diriamos que habia tenido la vida mas dichosa, y que habia corrido todo su círculo; pero si el hombre hubiera de vivir doscientos años, nos lastimariamos de aquel que muriese á los ciento, y nos quejariamos de que sus dias habian sido cortados en la flor de su edad.

LXXII.

No hay género de muerte que no acusemos. El uno muere en un viage; se gime su destíno: ¡desgraciado, á quien su padre, su tierna madre no pudieron cerrar los ojos! El otro muere en su patria, en los brazos de sus padres; estos se quejan de que les ha sido arrebatado de las manos, y de que solo les dexa sentimientos. Si muere sin hablar, exclaman: "Tú
» no me has dirigido en tus úl-
» timos instantes aquellas palabras
» que habria conservado eterna-
» mente en la memoria." Si ha pronunciado alguna palabra, no se hace mas que repetirla, y este es un aumento de dolor.

¿Murió de repente? todos gritan. "Nos lo han arrancado." ¿Feneció lentamente; entonces son las quejas: "Ha sido consumido á fuego lento: ha acabado en los tormentos." En fin, siempre se encuentran pretextos para gemir y lamentarse.

LXXIII.

"Oculta tu vida." El autor de esta máxîma (1) no ha querido estar oculto: al contrario, no la ha publicado sino para no estarlo, y para manifestar que tenia pensamientos superiores á los del comun de los hombres. Exhortando á los otros á la obs-

(1) Epicúro.

curidad, ha tomado un medio apartado de adquirir gloria. Yo no gusto de un sabio que él mismo no hace uso de su sabiduría.

LXXIV.

Por un amor desordenado de gloria, es por lo que ciertas gentes la calumnian con sus ribales. Quieren disgustarlos de ella, y gozar solos de sus bellezas, sin tener que combatir por ella.

LXXV.

Por lo que hace á mí, diré mas bien: No te ocultes, aunque vivas mal: dexate conocer: sé sabio, y muda de vida. Si eres virtuoso, muéstrate para no ser inútil. Si tienes la desgracia

de ser vicioso, manifiéstate tambien para que pueda curarse tu mal, y substraerte al vicio.

LXXVI.

Haznos conocer, pues, precisamente á quién diriges tu consejo de ocultar su vida. ¿Es al ignorante, al malo ó al necio? Esto es como si se dixera á un hombre que está con calentura, ó frenético: "Ten cuidado de » que el Médico no te conozca; » encierrate en las tinieblas, y » oculta en ellas los males que » sufres." Pues este es el lenguage que tú tienes á los que experimentan la enfermedad del vicio. Tú les dices: "Haced vues» tros males incurables y morta» les: ocultad la envidia que os

„ devora : la supersticion que os
„ atormenta : ocultad bien la fie-
„ bre que os consume : cuidado
„ no os hagais conocer de los que
„ pueden cuidaros y curaros."

LXXVII.

En la remota antigüedad exponian al público los enfermos. Todo el que pasaba, que creía conocer un remedio para sus males, fuese que él mismo los hubiese padecido, ó que hubiese tratado con personas que los hubiesen experimentado, les decian lo que debian hacer. Pretenden que, por este medio, hizo progresos el arte, y logró su extension con el concurso de diversas experiencias.

LXXVIII.

Sería necesario que aquellos que se hallan tocados de enfermedades morales, hicieran ver desnudamente el defecto de su alma; que se despojasen á los ojos de todos; que pudiera tentárseles, sondar su estado, y decirles: "Tú eres colérico, guar-„date de este vicio: tú eres ze-„loso, usa del mismo remedio: „tú amas, yo tambien fuí heri-„do del mismo mal, y he sa-„nado de él." Pero no, ellos se obstinan en negar sus enfermedades; ellos las ocultan, las encubren, y hacen mas profunda la úlcera cancerosa del vicio.

LXXIX.

Mandar á los hombres virtuosos que se oculten, es decir á Epaminondas: "No mandes á „los otros:" á Licurgo: "No „des leyes á los Esparciatas:" á Trasíbulo: "No libres á tu „patria de tiranos:" á Pitágoras: "No des lecciones de sa„biduría;" y á Sócrates: "Ce„sa en tus conversaciones filosó„ficas."

LXXX.

¿Exîste un sabio, que en las obras de la naturaleza reconozca y celébre un Dios, una justicia, una providencia; en la moral, una ley que debe gobernar á los hombres; una comunidad

de ventajas reciprocas que debe ligarlos entre sí, empeños á los quales deben someterse por el bien de la sociedad; en la política, lo bello, y no el interés? ¿Por qué ocultaría su vida á fin de no instruir á nadie, y no dar á nadie un exemplo de virtud?

LXXXI.

Si Temístocles hubiera estado oculto para los Atenienses, los Griegos no habrian rechazado á Xerxes. Si Camilo no hubiera sido conocido de los Romanos, Roma habria sido destruida. Si Dion no hubiera sido conocido de Platón, la Sicilia habria quedado en la esclavitud.

LXXXII.

Si gozamos de la luz, no es solamente para ser vistos, sino para servirnos los unos á los otros. Si somos conocidos, no es unicamente para adquirir gloria, sino para estar mas á mano de practicar la virtud. Desconocido Epaminondas, durante quarenta años, no hizo nada por los Tébanos: conocido, en fin, y revestido de su confianza, salvó su república, que, sin él, estaba perdída; y libertó á la Grecia, que caía en la esclavitud. Su gloria fué como una luz que hizo conocer su virtud, y la hizo útil en la ocasion.

LXXXIII.

Una obscuridad inactiva, una vida sedentaria, pasada en el reposo, marchita el alma y el cuerpo á un mismo tiempo. Sucede lo que con aquellas aguas que quedan estancadas á la sombra de un monte espeso, que se corrompen: del mismo modo, por falta de exercicio, las facultades del hombre se corrompen y caen en la decrepitud.

LXXXIV.

Arrojarse á la obscuridad, y envolverse en las tinieblas, es sepultar la vida en el sepulcro: manifestar afliccion por haber nacido, es querer negar que se exîste.

LXXXV.

Sabio era aquel Sicionano que, ocupado tranquilamente en criar caballos, dió al Rey de los Reyes, al grande Agamenón, una Yegua muy ligera para la carrera, para dispensarse de seguirle báxo los muros de Ilión, y para continuar disfrutando en paz las dulzuras de la comodidad y del reposo. Hay hombres que parece debian hallar la felicidad en sus tranquilas ocupaciones; pero es necesario que ellos mismos se atormenten sin que nadie les obligue á ello. Mira ese desdichado, que la necesidad de martirizarse arrastra en medio de las Cortes, de pompas ruidosas, y de brillantes cortejos: ¿qué es

lo que quiere? llegar despues de muchos trabajos á recibir un caballo, una bagatela de precio, qualquiera de esas cosas vanas que creen contribuir á la felicidad. Él dexa á su muger en el dolor, y á su familia abandonada: él vá errante, se arrastra lisonjeado de esperanzas, y no coge sino desprecios. Si logra algo de lo que desea, arrebatado en el remolino de la fortuna, aturdido con el movimiento impetuoso que le arrastra, quisiera verse libre: tiene envidia á los que en la obscuridad llevan una vida tranquila; pero estos, no menos insensatos, viendole elevado sobre sus cabezas, no cesan de envidiar su suerte.

LXXXVI.

Los Tiranos, para hacer desgraciados á los que persiguen, se ven obligados á mantener executores de torturas, y Verdugos, y á estar rodeados de instrumentos de suplicios; pero el vicio, sin ningun preparativo, penetra en el alma, la comprime, la atormenta, y llena al hombre de inquietudes, de pesadumbres y remordimientos.

LXXXVII.

Quando los pueblos tienen que proponer grandes trabajos, como construcciones de Templos, Colosos, &c. escuchan las discusiones de los artífices, exâminan

sus cálculos, prestan atencion á los exemplares que citan de obras del mismo género, y adjudican la empresa á aquel que parece debe desempeñarla mejor, con mas prontitud y menos gasto.

Pero supongamos que quiera publicarse la empresa de hacer la vida humana muy desgraciada; el vicio y la fortuna se presentan para disputarse la adjudicacion. La fortuna, para agobiar de desgracias la vida humana, se provee de instrumentos de toda especie, y hace ostentacion de preparativos fastuosos: guerra, ladronicio, ferocidad de tiranos, rayos, tempestades, delaciones, puñales, prisiones, cadenas, torturas: tambien es menester confesar que la mayor parte de todo esto pertenece mas

bien á la maldad de los hombres, que no á la fortuna. Pero supongamos que todo ello sea de su dominio. El vicio por su lado se halla desnudo , y no tiene necesidad de nada mas que de sí mismo. Él pregunta á la fortuna cómo vá á componerse para hacer al hombre desgraciado , y reducirlo á la desesperacion : " ¡Oh
" fortuna! (la dirá) tú le ame-
" nazas con la pobreza : Metro-
" clés se burlará de tí; él que
" pasa la noche en el Invierno
" en los establos , y en el Ve-
" rano báxo los vestíbulos de los
" templos ; y sin embargo , de-
" safia al Rey de los Persas á
" que es mas dichoso que él , aun-
" que ese Príncipe pasa el Invier-
" no en Babilonia , y el Verano
" en la Media. Tú le amenazas

» con que se verá reducido á la
» esclavitud, cargado de cadenas,
» y puesto en venta; amenaza
» vana, de la qual se rie Dió-
» genes. Puesto en venta por los
» ladrones, grita él mismo en lu-
» gar del Pregonero: *¿Quién*
» *quiere comprar un Maestro?*
» Tú vás á triturar una copa de
» veneno. ¡Eh! ¿no se la has he-
» cho beber yá á Sócrates? Él
» la recibió tranquílo y sosega-
» do, sin temblar, sin mudar de
» postura, ni color, y la tragó
» sin trabajo. Los testigos de su
» muerte celebraban su felicidad;
» y en un fin tan bello, creían ver
» la obra de los dioses. Tú pue-
» des hacer perecer á un hom-
» bre en las llamas. ¡Pero qué!
» Décio el Romano, por su pro-
» pia eleccion, y quando estaba

„ revestido de los honores del „ mando, ¿no se precipitó, en- „ medio de su campo, en la ho- „ guera que él mismo habia pre- „ parado, y no se cubrió de una „ gloria inmortal, ofreciéndose „ en sacrificio á Saturno? En la „ India, las mugeres mas respe- „ tables por su sabiduría, y que „ han amado mas tiernamente á „ sus esposos, se disputan la gloria „ en su muerte de perecer en las „ llamas de su hoguera; y la que „ lleva el honor de ser consumi- „ da viva sobre el cuerpo insen- „ sible, es un objeto de envi- „ dia para sus rivales. En aquel „ país no hay sabio alguno que, „ gozando todavía de su conoci- „ miento y de la salud, no quie- „ ra obrar por el fuego la sepa- „ racion de su alma y de su cuer-

„po, y purificarse, muriendo,
„de las manchas de la carne. Pue-
„de ser que de un estado bri-
„llante, de una casa expléndida,
„de una mesa suntuosa, vás á
„reducir al hombre que quieres
„colmar de infortunios á cubrir-
„se con una grosera capa, á lle-
„var la alforja, y á tener ape-
„nas para pasar el dia. ¡Eh! Por
„este medio entró Diógenes en
„la carrera de la felicidad, y
„Crátes, en la de la gloria y
„la libertad. ¡Eh! ¿qué impor-
„ta, te dirá Teodoro, que yo
„espire sobre la tierra, ó eleva-
„do sobre ella? Esta última se-
„pultura es la mas honorífica en-
„tre los Escitas: los Perros son
„el sepulcro de los Hircanianos:
„los habitadores de la Bractiana
„quieren ser la presa de los pá-

„xaros; y ved aquí lo que es-
„tos pueblos llaman tener un fin
„dichoso. ¿Quales son, pues, en
„fin, aquellos á quienes todas tus
„invenciones puedan hacer des-
„graciados? á hombres débiles,
„destituidos de razon, mal edu-
„cados, que no han exercita-
„do, ni su entendimiento, ni su
„cuerpo; y que han conserva-
„do todas las preocupaciones de
„su infancia. La fortuna no ha-
„ría desgraciados sin el socorro
„del vicio."

LXXXVIII.

Aplauden esta máxîma, quando la oyen pronunciar en el teatro: "El hombre no ama al hom-
„bre sino por interés." Tambien por interés, dice Epicúro, ama el padre al hijo: la madre, el fruto

de sus entrañas ; y el hijo, á los que lo han engendrado ; pero si los animales tuvieran el uso de la palabra , y si tuvieran teatros, dirian ellos que engendran hijos sin interés , y por obedecer á la naturaleza ; y todos los animales del anfiteatro lo aplaudirian y dieran testimonio, á la verdad, de esta máxîma. Es vergonzoso que, guiados por la naturaleza , sufran los animales con gusto los dolores del parto , y las fatigas que les causa el mantenimiento de sus hijuelos ; mientras que los hombres miran estas penas como un fondo que ponen á usura , como una tarea de la qual se desempeñan como mercenarios , y como arras que dan para un negocio , del qual cuentan sacar bastante provecho.

LXXXIX.

Pero no: ésta es una tacha injusta, que se pone á la humanidad. En vano habria trabajado la naturaleza con tanto cuidado los órganos de la generacion, y aquellos donde debe elavorarse el primer alimento de la infancia, no hubiera inspirado á las mugeres la ternura maternal. De todos los animales, el mas imperfecto, el mas incapáz de bastarse á sí mismo, el mas desnudo, el mas informe, el mas fastidioso á la vista, es el hombre en el momento de nacer. Cubierto de sangre, y todo manchado de inmundicias, tiene mas bien el aspecto de salir de una carnicería, que de venir al mun-

do. Para tocarlo, levantarlo en las manos, besarlo, y estrecharlo entre los brazos, nada menos es necesario, que el amor natural de una madre. Por eso la naturaleza ha colocado los pechos en los animales debaxo del vientre, y en las mugeres sobre el pecho, de suerte, que la madre pueda á la vez dar de mamar y besar al infante. No, el fin del parto y el del alimento, no es la necesidad, sino la ternura. Transportémonos con la imaginacion hasta los tiempos de la mas remota antigüedad: ¿la primera madre, conocia alguna ley que la obligáse á criar al niño que acababa de nacer? ¿podia esperar de él algun reconocimiento? podia esperar algun provecho usurario del cuidado que iba á to-

mar de alimentarle? ¿Los sufrimientos que acababa de experimentar, no debian inspirarla aborrecimiento hácia aquel que los habia causado? Pero la ternura natural habla á su corazon. Desmayada todavía, y palpitando de dolor, no huye de aquel que la ha hecho sufrir: ella rie, lo levanta en los brazos, y lo llena de besos; y en vez de recoger de él alguna dulzúra que pudiera servirla de recompensa, no recibe sino penas, y sin embargo lo envuelve en los pañales, lo calienta, le procura la frescura, y ve sin pena las fatigas mas penosas de la noche, succederse para ella á las fatigas del dia.

XC.

Las esperanzas que ahora mismo fundamos sobre nuestros hijos, son largas é inciertas. La mayor parte de los padres acaban sus dias sin haberlas visto confirmadas. Neócles no vió á Temístocles vencedor en Salamina: Miltiades no fué testigo de las hazañas de Cimón, su hijo, sobre los bordes del Eurimedón: Xantipo no oyó á Periclés las arengas que hizo al pueblo: Aristón no vió á Platón dar lecciones sublimes en la Académia: los padres de Sofocles y Eurípides no vieron coronar los talentos de sus hijos: ellos los oyeron tartamudear, y juntar con trabajo algunas sílabas; y los vieron ente-

ramente ocupados del amor y de sus placeres.

XCI.

Es cosa ridícula el decir que los ricos, quando nacen sus hijos, llenos de alegría ofrecen á los dioses sacrificios de reconocimiento, porque estos hijos podrán algun dia mantenerlos en su vejéz, y enterrarlos en su muerte. No es menos ridículo el adelantar que se alegran de educar sus hijos, para tener el consuelo de dexarles su herencia, ¡como si fuera dificil el encontrar gentes siempre prontas á heredar! Danáo tuvo cincuenta hijas: si no hubiera tenido hijo alguno, todavía hubiera hallado un gran número de herederos en su muerte.

XCII.

Hablar de sí mismo como si uno fuera alguna cosa bien importante, y tuviera el derecho de superioridad sobre los otros, es un vicio que se mira como una impolítica, porque es importuno á todo el mundo. Aunque este vicio es vergonzoso, se encuentra hasta entre aquellos que mas lo critican: hay pocas gentes que se guarden de él.

XCIII.

Miramos con razon, como gentes sin pudór, á aquellos que se elogian á sí mismos, porque su obligacion debia ser el manifestar modestia, aunque otros se

dignasen de alabarlos. Tambien pueden mirarse como injustas, porque por sí mismos usurpan lo que debian esperar que los otros les concediesen. Por otra parte, tienen para con nosotros el inconveniente de que nos ponen en el mayor embarazo ; porque si, mientras que se alaban, callamos, como que damos á entender que su mérito nos aflige, y le tenemos envidia ; ó si queremos evitar esta tacha, es menester que apoyemos estas alabanzas, mas que sean contrarias á nuestro modo de pensar : nos hallamos en la precision de añadir nuestra aprobacion, y de alabar á un hombre en su cara : lo que es mas bien representar el papel de adulador, que rendir homenage al mérito.

XCIV.

Hay sin embargo una circunstancia, en la qual, sin incurrir en esta falta, podemos permitirnos el hablar bien de nosotros mismos, y es quando nos hallamos perseguidos de una calumnia, ó injustamente acusados. El pueblo de Atenas acusaba á Periclés de todos sus males, y se atrevió á decir á ese pueblo junto: " Vosotros estais irrita-
» dos, ó Atenienses, contra un
» ciudadano como yo, que cree
» no saber menos que nadie lo
» que debeis hacer; que no tie-
» ne menos que nadie el talento
» de haceros conocer vuestros
» verdaderos intereses; que ama
» la patria, y que soy superior

„á la codicia." Hablando tan magnificamente de sí mismo, no se entregaba á una vana loquacidad, ni buscaba el captarse la reputacion; sino que mostraba grandeza de alma no dexandose humillar; y con su valor humillaba á la envidia misma, y se la sometia.

XCV.

No solo á los acusados y á los hombres que se hallan en un peligro puede convenirles una justa fiereza, sino tambien á los desgraciados: ella es un vicio en el hombre afortunado. Éste parece que intenta hacer violencia á la gloria, y sometersela como á una esclava; pero el desgraciado está bien distante de concebir tan alta ambicion. Hace un justo es-

fuerzo para sublevarse contra la fortuna que lo aterra : reune todas las fuerzas de su alma para luchar contra ella : se indigna de verse hecho un objeto de compasion : se avergüenza de gemir por los sucesos que se reunen contra él, y que no tiene poder para conjurar ; y brama, si se dexa abatir de la suerte. Nosotros nos burlamos de esos hombres vanidosos que se enderezan en el paséo ; y alabamos al generoso atleta, que se engrandece, en cierto modo, delante de su adversario.

XCVI.

Phoción era un hombre dulce y modesto ; pero despues de haberle condenado, hizo ver al pueblo junto, que no ignoraba lo

que valia. Uno de los que estaban sentenciados á morir con él, se lamentaba, y no podia acomodarse á su destino: "¡Eh! le di-
» xo aquel grande hombre, ¡no
» tienes vanidad de morir con Fo-
» ción!"

XCVII.

Temístocles, en tiempo de sus hazañas, no hablaba de sí mismo; pero quando vió á los Atenienses cansados de su gloria, no temió el decirles: "Misera-
» bles, vosotros os fastidiais de
» hallaros siempre bien servidos
» por el mismo hombre: os pa-
» receis á aquellos viajantes, que
» en la tempestad buscan el abri-
» go de un arbol, y en el buen
» tiempo le arrancan las hojas."

XCVIII.

El que reprehende á los otros los vicios de que él mismo se halla infestado, hace pensar en el oprobrio que le cubre, y cae sobre él la tacha que queria acumular á los otros. El hombre de bien, quando elógia á los hombres virtuosos, hace acordarse de que él se les parece. Éste es un bello modo de hacer su propio elógio.

XCIX.

Puede perdonarse lo bien que uno hable de sí mismo, no haciendo mérito de ello, y dirigiendolo á los dioses y á la fortuna. Pithón, despues de haber dado la muerte á Cothis, que gober-

naba la Tracia como un tirano, vino á Atenas, y allí tuvo una conducta muy sábia. Los oradores no se cansaban de llenarle de elogios cerca del pueblo, y se disputaban el darselos cada qual mayores. Él conoció que tantas alabanzas acabarian por desagradar al pueblo. "Atenienses, les
» dixo, un Dios ha dado la muer-
» te al tirano; yo no he hecho
» mas, que prestar mi mano."

C.

Es una impolítica el contradecir las alabanzas que se oye dar á los otros: sin embargo, si sucede que estas alabanzas sean peligrosas y corrompedoras; si pueden inspirar una funesta emulacion de hacer mal, no es in-

útil en tal caso el refutarlas, ó, mas bien, es una obligacion el ilustrar á aquellos que escuchan estos elogios emponzoñados, y el hacerles conocer la diferencia que hay entre el vicio y la virtud.

CI.

En efecto, si el vicio llega á adquirir un título de gloria; si á los atractivos que le prestan la avaricia y el deleyte se junta todavía el honor, no hay carácter bastante fuerte y bastante felíz para resistirlo. No son las alabanzas dadas á ciertos hombres particularmente, las que es necesario combatir, sino aquellas que se oye dar á las acciones vituperables. Ellas pervierten á los que las escuchan, y

les inspiran la perniciosa ambicion de imitar á los hombres viciosos, persuadiéndolos á que es honroso el serlo.

CII.

Es una buena máxîma la de aquellos Pintores que dexan reposar sus obras antes de acabarlas, para volverlas á ver con frescura: Se desprenden de ellas por algun tiempo; las vuelven á tomar; las juzgan diferentes veces, y las descubren cada vez ligeras faltas, que les ocultaría el hábito de mirarlas. Nos es imposible el separarnos así, por algun tiempo, de nosotros mismos, y perder la costumbre de estar con nosotros. Esto hace que cada uno es para sí el peor juez que puede escoger. Un solo recurso nos

queda, y es, el descubrirnos de tiempo en tiempo á nuestros amigos, no para preguntarles si no nos hemos envejecido, si nada hemos perdido de carnes, sino si el tiempo nos ha corregido de algun defecto, y si nos ha procurado alguna buena qualidad que nos faltaba.

CIII.

Un barco abandonado en medio de las mares, y combatido de la tempestad, recibirá mas bien desde afuera el socorro de un Piloto hábil, que el hombre atormentado de las pasiones, los consejos que otro podrá darle, si por los esfuerzos de su propia razon no se ha dispuesto antes á escucharlos. Quando se espera sostener un sitio sin esperanza de re-

cibir socorros, se juntan de afuera todas las municiones que pueden hallarse: del mismo modo, es necesario pedir á la filosofía todos los socorros que puede darnos contra los arrebatamientos de nuestro carácter, y hacerlos penetrar á tiempo hasta nuestra alma; porque no sería facil de introducirlos en ella, si esperasemos al crítico momento de necesitarlos.

CIV.

Siempre que Sócrates se sentia dispuesto á arrebatarse contra alguno de sus amigos, dulcificaba su voz, manifestaba un aspecto mas risueño, y daba á sus miradas mas dulzura; é inclinandose así fuertemente al lado opuesto á aquel donde le arras-

traba su pasion, quedaba sobre sí, y llegaba á domarse.

CV.

Nosotros no nos enamoramos de todo el mundo; no tenemos envidia á todos los hombres, ni todos ellos nos inspiran temor ó aborrecimiento; pero todos, amigos y enemigos, pueden llegar á ser indiferentemente objeto de nuestra cólera: nos arrebatamos contra nuestros hijos, contra nuestros padres, contra los dioses, contra los animales, y contra las cosas inanimadas. Por muchas razones es terrible la colera; y por otras muchas no es menos ridícula. De todas las pasiones ésta es la que puede atraernos el mayor aborrecimiento, y el mayor desprecio.

CVI.

En los miembros heridos nace la hinchazon; y tambien las almas débiles son las mas sujetas á arrebatarse, y ceden á este furor relativamente á su debilidad. Las mugeres son mas coléricas que los hombres: los enfermos, mas que los sanos: los viejos, que las personas en la fuerza de la edad; y los desgraciados, que los hombres afortunados.

CVII.

Foción, al primer ruido que corrió de la muerte de Alexandro, no queria que los Atenienses se dexasen arrebatar demasiado de alegría, y se apresurasen

á creer esta noticia. "Atenienses, „ les decia, si ha muerto hoy, „ tambien estará muerto mañana, „ y lo estará tambien pasado ma- „ ñana." Por eso el hombre irritado no debe apresurarse á castigar con cólera; puede decirse á sí mismo: "Si hoy me ha „ ofendido, tambien me habrá „ ofendido mañana y pasado ma- „ ñana. No hay mal que sea cas- „ tigado un poco mas tarde; pe- „ ro habria mucho en que se re- „ cibiese un pronto castigo, y „ luego se descubriese la inocen- „ cia." Esto es lo que sucede muy á menudo.

CVIII.

No hay que entregarse á la cólera en los juegos, ni en las chanzas, porque se adquieren

enemigos; ni en las discusiones, porque se vuelven querellas; ni quando ha de pronunciarse sentencias, porque es añadir el oprobrio de la pasion al rigor de la justicia; ni en la enseñanza, porque llena de disgustos la instruccion; ni en la prosperidad, porque es aumentar la envidia que ella inspira; ni en la desgracia, porque es destruir la compasion que ella merece.

CIX.

Aristípo, por un arrebatamiento de cólera, se indispuso con Esquines. "Y bien, ¿qué „ se ha hecho la amistad que os „ unia? le dixo uno. Ella duer„ me, le respondió, pero desde „ este momento voy á despertar-

la." Corre á buscar á Esquines. " ¿Me crees tú acaso, le dixo, " desesperado en el mal para emprehender el corregirme? = Vá, " le respondió Esquines, abrazándole: yo no me espanto que " en todo me excedas, y tú hayas sido el primero en conocer lo que debemos hacer."

CX.

No debe olvidarse un excelente dicho de Anaxâgoras. Este dixo, al saber la muerte de su hijo: " Ya sabía que era mortal." Dí tambien quando tú te halles irritado de alguna falta: " Muy " bien sabía quando compré este " esclavo, que no era un sabio: " quando tomé este amigo, que " tenia estos defectos; y quando

„ casé con mi muger, que era
„ una muger.”

CXI.

El vicio que llaman curiosidad, es una cierta inquietud de saber lo malo que hay en las casas agenas. Es una especie de enfermedad que no está exênta, ni de envidia, ni de malignidad. ¿Por qué, desdichado, es tan penetrante tu ojo para escudriñar el mal de tus vecinos, y tan turbio para descubrir tus propios defectos? Dexa á un lado lo que te es extraño, y vuelve tu curiosidad hácia tí mismo. Si tanto gustas de conocer la historia escandalosa, en tu casa tienes en que ocuparte. Allí encontrarás en tropas los vicios del alma, in-

fracciones de la obligacion, y un inmenso almacen de todo lo que pueden producir mas vergonzoso la envidia, la baxeza y la pequeñéz. Allí es donde debes hacer inquisiciones, y exâminarlo todo. Cierra las ventanas que caen á la casa de tu vecino; abre todas aquellas que caen á tu departamento, al de tu muger, y al alojamiento de tus criados. Esta no será una ocupacion condenable, sino un útil exercicio para tu curiosidad.

CXII.

Es menester confesar que el curioso no es inútil á sus enemigos, porque inquiere lo que hacen, lo publíca, y les hace ver á ellos mismos las cosas de que

deben guardarse, y los defectos de que deben corregirse; pero atento siempre á lo de afuera, no vé lo que pasa en su casa.

CXIII.

Hay gentes que apartan la vista de su propia vida, como del expectáculo mas desagradable que puede ofrecerseles. Les falta el valor para considerarlo, porque temerian volver hácia ellos mismos la antorcha de la razon. Su alma, toda llena de males de toda especie, brama de lo que recela: se arroja fuera, y allí se pasea: ella nutre, ella engruesa su malignidad con el mal de sus vecinos. Las Gallinas descuidan freqüentemente el mantenimiento que en abundancia se

les da, y van á escarbar en las inmundicias, para hallar en ellas un solo grano de cebada. Lo mismo sucede á los curiosos: ellos no hacen caso alguno de aquello que todo el mundo puede saber, de lo que nadie les impide que sepan; pero lo que se esfuerzan á recoger, es lo que tienen bien oculto en lo interior de las casas.

CXIV.

Ofreciósele á uno el preguntar á un Egipcio, qué era lo que tan oculto tenia. "Ello está tan „ bien oculto, le respondió, pa„ ra que no se sepa lo que es." Y tú, ¿por qué buscas con curiosidad lo que te ocultan? No lo ocultarian si quisieran que fuese descubierto.

CXV.

El mas incómodo de todos los vientos, decia Aristón, es el que nos lleva hasta los vestidos. El curioso no se contenta con despojarnos de nuestros vestidos; abre brecha en nuestros muros, fuerza nuestras puertas, ahuyenta con sus persquisiones el pudór de las tiernas virgenes, y sonda hasta los misterios de la noche. Su imaginaciou se derrama en las casas de los ricos, en los reductos de los pobres, en los Palacios de los Reyes, y en el tálamo de los nuevos esposos.

CXVI.

El Rey Lisimaco, decia al

poéta cómico Filipo: "¿Qué
" quieres que parta contigo de
" lo que poséo?" = "Lo que tú
" quieras, Príncipe, excepto tu
" secreto."

CXVII.

Exercita tu curiosidad en los fenómenos de la naturaleza; pero ellos no tienen para tí nada de picantes, porque no podrias hallar en ellos nada de malo. Pues bien, si es menester absolutamente que tu curiosidad no se exercite sino en el mal; si te pareces á esos reptiles impuros, que no viven sino en medio de las plantas venenosas, y que de ellas sacan su sustento, vuelve tu curiosidad hácia la historia; allí hallarás grande abundancia de males; hombres precipitados de lo

alto de la dicha, subitamente atacada su vida; mugeres violadas; esclavos armando redes á sus señores; los zelos, la envidia, las prisiones, las casas trastornadas, y los Xefes de las naciones descuartizados: hartate, goza sin turbar, ni apesadumbrar á los que viven contigo. Pero no, la curiosidad no gusta sino de los males recientes: es preciso que aun estén calientes, porque no halla placer sino en las nuevas tragedias.

CXVIII.

Los curiosos van rara vez al campo: no pueden soportar aquella tranquilidad, soledad y silencio. Si pasan en él algun tiempo, miran las viñas de su vecino, en vez de mirar las suyas;

se informan de quantos bueyes se le han muerto, y quanto vino se le ha torcido. Satisfechos una vez sobre esto, se apresuran para volver al pueblo.

CXIX.

La loquacidad acompaña necesariamente á la curiosidad. Como el curioso tiene mucho gusto en oirlo todo, tambien lo tiene en criticarlo todo. Lo que acaba de recoger, lo esparce con gusto; y así, la enfermedad de esas gentes, es un obstáculo para que puedan satisfacer su gusto dominante. Cada qual se guarda, y tiene mas cuidado con ellos: desde que parecen, todo se dexa; si se trataba de un negocio, esperan su partida para volver á

su discusion, así como se ocultan las provisiones quando aparece un animal rapáz.

CXX.

Los hombres sensatos deben, antes de caer en el desorden de las pasiones, fortificarse con raciocinios capaces de combatirlas, á fin de hallarse prevenidos, muy de antemano, para resistirlas quando lleguen á dexarse ver. Con ellas sucede lo que con los perros feroces, á quienes la sola voz del que estan acostumbrados á oir, basta para contenerlos; y todas las de los otros, no hacen mas que irritarlos. Así las pasiones, en su feróz impetuosidad, no pueden apaciguarse si no oyen los razonamientos que son propios

para hacerlas callar, y que desde largo tiempo se hizo costumbre de oponer á su furor.

CXXI.

Es falso que en la falta de actividad se tenga mas tranquilidad de espíritu. Luego serian las mugeres las que gozarian mas que los hombres de la felíz calma del espiritu, porque quedan tranquilas en el reposo de sus casas, ocupadas solamente del cuidado de sus haciendas; pero hasta su retiro penetran, el desorden, la agitacion, los zelos, la ambicion y la supersticion. Laërtes, durante veinte años, estuvo en el campo, sin otra sociedad que la de una criada vieja, que le hacía de comer: abandonó su Palacio,

su patria y su Reyno; pero la pesadumbre roedora le siguió, y no dexó de acompañarle en la soledad.

CXXII.

El vicio y la virtud, y no el grande ó pequeño número de ocupaciones, son los que procuran la tranquilidad ó agitacion del alma. Descuidar el bien ó hacer el mal, es exponerse igualmente al desasosiego interior.

CXXIII.

El navegante á quien atormentan las nauseas, cree encontrar alivio pasando del puente al camarote, y del camarote sobre el puente; pero su incomodidad le sigue por todas partes, porque

por todas partes lleva consigo la bilis, que le atormenta. La mudanza de vida es igualmente incapáz de sustraernos á la agitacion del alma: su causa está en nuestra ignorancia, que no nos permite el resignarnos con las vicisitudes de los mismos acaecimientos. Ella atormenta al pobre y al rico, al soltero y al casado. Por su causa se huye de los negocios, y no puede tolerarse la inaccion; por ella queremos insinuarnos en las Cortes, y su permanencia en ellas se hace insoportable.

CXXIV.

Alexandro oyó decir á Anaxarco que exîstian infinitos mundos, y empezó á llorar. Sus amigos le preguntaron, quál era la

causa de su dolor. " ¡ Ah ! ¿ si
,, exîsten mundos infinitos, les
,, dixo, no tengo motivo de der-
,, ramar lagrimas yo, que aun
,, no me he hecho dueño de uno
,, solo? " Crates no tenia mas bienes que unas alforjas y una mala capa, y pasaba su vida alegre, como si no hubiera sido formado sino de dias de fiesta. Los zapatos siguen el movimiento de los pies; las diferentes situaciones de la vida, se conforman á los carácteres de aquellos que se hallan en ellas.

CXXV.

Platón la comparaba al juego de dados: es menester echar estos para lograr buena suerte; pero ya echados, es preciso tomar

los que vienen, y procurar sacar partido de ellos. No está en nuestra mano el sacar los que quisieramos; pero es obligacion nuestra el recibir los golpes que la suerte nos envia, y arreglar en conseqüencia nuestro juego. Si somos sabios, sacarémos buen partido de las suertes favorables, y no nos afligirémos por las que nos sean contrarias.

CXXVI.

Los que no saben formarse principios sobre el modo de soportar la vida, son como aquellos enfermos que no saben sufrir el frio, ni el calor. La felicidad los enagena, y la desgracia los abate: la una y otra fortuna los desordena; pero principalmen-

te, aquella que todos llaman feliz.

CXXVII.

El tomillo es una planta seca y árida, pero las Abejas saben extraer de él la miel mas dulce. Así el sabio freqüentemente sabe sacar partido de las coyunturas mas desgraciadas, y hacerselas útiles.

CXXVIII.

Diógenes fué desterrado: ésta no fué desgracia, porque desde entonces se aplicó á la filosofía. Zenón de Cicio poseía un barco de comercio; supo que habia zozobrado y perecido con todas las mercancias que formaban su carga: "Fortuna, dixo, tú "acabas de tratarme bien, por-

,, que me reduces á la capa de
,, los filósofos, y me envias al
,, pórtico."

CXXIX.

¿Quién te impide el imitar á esos sabios? No has logrado la magistratura que solicitabas; pues bien, vivirás en el campo ocupado en tus negocios personales. Tú buscabas el favor del Príncipe, y te ha desechado; tú vivirás sin cuidados y sin riesgos. Tú no tienes hijos; ninguno de los Reyes de Roma tuvo herederos. Tú eres pobre; Epaminondas lo era: ¿conoces, pues, alguno en Beócia, cuyo destino prefirieses al de ese grande hombre? Tu muger es infiel; ¿ignoras que la muger de Agis fué corrompida por Alcibiades, y que confió su

vergüenza á sus criadas? Sin embargo, Agis era el mas grande y el mas ilustre de los Griegos de su tiempo. La hija de Stilpon dió en el vicio, y no fué por eso el menos festivo de los filósofos. Metrocles le echaba en cara la conducta de su hija: "Esa » no es culpa mia, respondió, si» no suya."

CXXX.

Quando tenemos calentura, todo nos parece amargo y de mal gusto; pero quando vemos á los otros tomar estos mismos alimentos con gusto, no acusamos á su qualidad, sino á la enfermedad, de la desagradable sensacion que nos causan. Tambien cesarémos de quejarnos de los acaecimientos al ver á tantos otros

recibirlos sin pena, y hasta con alegría.

CXXXI.

Nos suceden accidentes que no habriamos querido experimentar: no nos descuidemos en contar los beneficios que nos suceden: nuestra fortuna está mezclada, y debemos compensar la mala con la buena.

CXXXII.

Cierto habitador de Chio vendia á los otros el mejor vino que tenia, y buscaba el peor para su consumo. " ¿Qué hace tu amo?" preguntó un dia un hombre al criado de aquel: " ¿Qué hace?
» tomarse el trabajo de buscar lo
» malo, quando tiene lo bueno

„ con abundancia." Así los hombres descuidan amenudo las dulzuras de la vida., y vuelan tras las amarguras.

CXXXIII.

Aristípo perdió una de sus Alquerías. Un conocido suyo parecia compadecerle. " Pero, le „ dixo Aristípo, todavía me que„ dan otras tres, y yo creo que „ tú no tienes sino una." = Es cierto. = " Luego yo soy quien „ debo afligirme de tu suerte."

CXXXIV.

Es una locura el afligirse por lo que se ha perdido, en vez de alegrarse de lo que queda. Antípater de Tarsis, en el artículo de

la muerte recapituló quanto le habia ocurrido de lisonjero en toda su vida, y no olvidó, ni aun una navegacion feliz que habia hecho desde Cilicia á Atenas.

CXXXV.

Hay gentes que apartan la vista de las ventajas que gozan, y no consideran sino la gloria de los otros, su felicidad y su riqueza. Esto es parecerse á aquellos libertinos que persiguen las mugeres agenas, y abondonan las suyas.

CXXXVI.

Importa mucho á la tranquilidad del alma el fixar principalmente la atencion sobre los bienes que se gozan, ó á lo me-

nos considerar á los hombres que se hallan con menos proporciones todavía, sin dirigir siempre las miradas hácia los mortales mas afortunados.

CXXXVII.

Los esclavos celebran la dicha de los hombres libres: los hombres libres, la de los ciudadanos: los ciudadanos, la de los ricos: los ricos, la de los sátrapas: los sátrapas, la de los Reyes; y los Reyes, la de los dioses: estos quisieran casi hacer brillar el relámpago, y arrojar el rayo. ¿Qué otra cosa es esto sino juntar pretextos para acusar á la fortuna, castigarse á sí mismo, y forjarse tormentos?

CXXXVIII.

El hombre que goza de un juicio sano, y que vé tantos millones de mortales alumbrados con la luz del Sol, y alimentados con los frutos de la tierra, no se queja, ni cae en el abatimiento, porque en este número se hallan algunos que tienen mas gloria ó mas riquezas que él; si no se felicita de su dicha, considerando que exîste un monton de humanos mas dignos de compasion que él. ¿Ves en tu camino á un hombre que blandamente vá en una litera? baxa los ojos, y mira á los que la llevan. No mires el fausto de Xerxes, sino fixa tu vista en aquella tropa de desgraciados, que báxo el látigo

caban el monte Athos; sobre aquellos otros á quienes cortaron las orejas, y arrancaron las narices, porque un puente fué roto por una tempestad, y piensa si estos infelices no envidiarán tu suerte.

CXXXIX.

Supuesto que tenemos la debilidad de querer vivir segun los otros, y no segun nosotros mismos; supuesto que nuestro carácter triste y zeloso no nos permite el gozar alegremente de nuestras ventajas, sino que nos atormenta con lo que los otros tienen; no miremos solo en ellos lo que excita nuestra admiracion, ó puede inspirarnos envidia, como el brillo que tienen, y el ruido que hacen en el mundo; rom-

pamos mas bien el brillante velo que los cubre. No nos atengamos á falsas apariencias ; escudriñemos su interior , y verémos en él bastantes penas y cuidados. El célebre Pitaco , grande por su sabiduría , su valor y su equidad, daba una comida á sus amigos: su muger entra furiosa , y echa á rodar la mesa : los convidados se turban ; pero el sabio se contentó con decirles friamente : " Cada uno de vosotros tiene sus cuidados."

CXL.

Lo que mas que todo perjudica la tranquilidad del alma , es el no saber medir los deseos á la condicion y á las facultades. Nosotros nos obstinamos en formar esperanzas que no debiera-

mos concebir; y quando nos salen fallidas, acusamos á los dioses y á la suerte: á nuestra simpleza es á quien debiamos acusar.

CXLI.

El Persa Megabice fué al obrador de Apeles, y empezó á hablar sobre la pintura; pero el Pintor le tapó la boca, diciendole: "Mientras que has callado, se ha podido formar juicio de tí, por el oro y la púrpura que componen tu adorno, y creerte algo de provecho; pero ahora, esos muchachos que muelen mis colores, se burlan de tí, oyendo las necedades que te se han escapado." Hay qualidades que no pueden juntarse, y que hasta se excluyen

recíprocamente. El arte de la palabra y el estúdio de las ciencias, exîgen tiempo : para elevarse á los empleos de la república, para conseguir el favor de los Reyes, es menester ocuparse en los negocios : el uso del vino, y de los alimentos substanciosos, da fuerza al cuerpo, y lo quita al espíritu : cuidando los bienes, se aumentan las riquezas ; y el desprecio de éstas, conduce á la filosofía; y así no pertenece todo á todos los hombres, y es la gran ciencia el conocerse á sí mismo.

FIN DEL TOMO DECIMO.